

El misterio de la cueva suspendida



Grubissich, Jorge
El misterio de la cueva suspendida. - 1a ed. -
Buenos Aires : Amauta Argentina S.R.L., 2011.
128 p. : il. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-26232-1-0

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863 928 2

Amauta Argentina S.R.L.
Roosevelt 4550, Buenos Aires
www.e-amauta.com.ar
contacto@e-amauta.com.ar

Ilustraciones: Federico Geller
Diseño de colección: Carlos Schlaen
Fotografía de contratapa: gentileza José de
Guardia de Ponté
Edición gráfica: Amauta Argentina S.R.L.

©Jorge Grubissich., 2011
©Amauta Argentina S.R.L., 2011

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Jorge Grubissich

El misterio de la cueva suspendida

Ilustraciones de Federico Geller



Mientras ella avanzaba por el pasillo, Ireneo Gómez hizo el gesto de vaciar su pipa, que estaba vacía, porque nunca la había usado. Ordenó unos pocos papeles sobre la mesa que no hacía falta ordenar. Después miró el techo un momento, suspiró, se levantó para irse de una buena vez. Se puso el impermeable y todavía tuvo tiempo de pensar: “Otro día perdido”, antes de verla.

Si todo lo que había hecho en su vida lo había llevado a estar donde estaba en ese momento, había valido la pena. Su historia de policía de esquina, su devoción por las novelas policíacas, su oficina de detective privado siempre llena de polvo no debían ser tan poca cosa. Esa suma de casos insignificantes y uno por encima de todos los posibles, por imposible¹, que habría considerado un sueño si la papelera española del siglo XVIII no le recordara todos los días que había sido real, tenían un sentido. Aunque era viernes, noche de pizza y Columbo con Felipe, su hijo aún estaría un buen rato más chateando con sus amigos, o investigando en Internet qué lugar preferiría para las vacaciones de este año, de los cuatro propuestos por su padre. O haría zapping frente al televisor, disfrutando la infi-

¹ Véase *El misterio de la casa paralela*, Ediciones Amauta, 2009.

nidad de programas que existirían lo que durara su soledad. Con esa llovizna que amenazaba no terminar nunca, mucho más no había para hacer.

De modo que nada que no fuera muy serio podría llevar a la mujer más hermosa que había visto en muchos años, al menos en vivo y en directo, a la agencia de un detective que no impresionaba a nadie que se alejara dos cuadras del barrio. Su prestigio no cruzaba la avenida, y aunque no viniera al caso, casi todas sus admiradoras tenían tantas curvas como una heladera. Por supuesto que a esa altura don Ireneo no se inmutaba fácilmente. Le indicó el asiento a la dama; se sentó a su vez sin quitarse el impermeable, no tanto para no demostrar demasiado interés sino porque estaba convencido de que le quedaba muy bien; sacó del cajón la lapicera fuente que reservaba para las anotaciones importantes, y se dispuso a escuchar cualquier cosa que esa mujer le quisiera decir.

Abría el correo cada vez menos, era rarísimo que llegaran mails importantes. Salvo para ciertas cosas, con mis amigos chateaba, o me metía en Facebook, o desde que tenía celular (porque había ligado uno de rebote de una oferta que había aceptado papá), nos mandábamos algún que otro SMS. Hasta papá, que seguía sin tener teléfono en la agencia, “los clientes, Felipe, te contratan en persona”, había terminado por aceptar las ventajas del celular, e incluso lo había puesto en sus tarjetas. Igual, en vez de contestar los mensajitos como lo haría cualquiera, cada vez que yo le mandaba uno me respondía con una llamada. “Dejame de jorobar...”, decía cada vez que le repetía que era más barato, “...andar apretando veinte veces un botoncito para que te aparezca un signo de interrogación; hay que tener mucha paciencia, o ser más joven que yo...”, y no se discutía más.

Por eso no me enteré del mail sino hasta el día siguiente, porque papá apareció sobre la hora y casi al momento llegó la pizza. No le pregunté si la había encargado con el celular, mientras volvía, porque era obvio que sí y aunque al principio

festejábamos juntos sus avances en el mundo de las comunicaciones, últimamente se había empezado a enojar. Cada vez que tocábamos el tema creía que lo estaba cargando, y aunque era cierto que sus dificultades me hacían gracia, también me daban un poco de pena y realmente quería alentarlos... Después de Columbo y la grande a la piedra, mitad jamón y morrones y mitad napolitana, apagué la compu sin fijarme en nada. No tardé en irme a dormir, porque papá no estaba muy conversador. El sábado me desayuné con que la noche anterior había llegado un mail de Jazmín. De haberlo leído entonces, su pedido de ayuda nos habría impedido cenar.

3

Aunque se trataba de un episodio de Columbo que hacía rato que no veía, y era probable que Felipe no lo hubiese visto jamás, la cabeza de Ireneo estaba muy lejos de su detective preferido de la televisión. Estaba lejos de todos los detectives de su biblioteca, de todos los de la galaxia. Cuando esa mujer de ensueño le dijo que venía con una recomendación de confianza, porque le habían advertido que él no tenía temor en afrontar “sucesos especiales”, Ireneo se imaginó un mapache perdido en algún rincón de la selva lacandona, o un canguro secuestrado en las estepas australianas. Cualquier hecho sería menos raro que el caso que la mujer le encomendó.

El padre de la joven, Anselmo Arazi, era una mezcla extraña de arqueólogo y físico. Andaba siempre dando vueltas por el país, buscando anomalías...

—¿A qué se refiere con anomalías? —preguntó Ireneo, que en realidad no sabía bien qué quería decir la palabrita.

—¿Cómo le puedo explicar?... Mi padre busca cosas que no existen. O que no deberían existir...

A esa altura Ireneo se sacó el impermeable. La mujer tenía los ojos negros perdidos más allá del interlocutor, que no

parecía impactarla demasiado. Quién lo habría recomendado para algo por el estilo era una incógnita. La historia vivida en Rivera Indarte la conocían Hans y don Valerio, pero ninguno abriría la boca, y mucho menos lo recomendarían para investigar anomalías; cosas que no deberían existir. Ireneo lamentó que se le hubiese acabado el café, o lo que él llamaba café. Ahora que tenía celular podría llamar al boliche de la esquina, pero nunca les había pedido el teléfono. Debería solucionar eso al día siguiente, sin falta.

–Muy interesante. Y su padre necesita ayuda para encontrar una...

–No. Mi padre trabaja solo. Tan solo que nunca se sabe dónde. No da rastros de sus búsquedas, y recién se enteran todos, yo incluida, cuando aparece alguna nota en una revista de ciencia... –hizo un silencio, inclinando la cabeza.

–Siga, la escucho. Tomo notas para no perder detalle.

–No hay mucho más que agregar. Me mandó un mail avisándome que había encontrado algo fabuloso. Quizás lo más importante de su vida. Y que había organizado una conferencia aquí, en el centro, donde presentaría su hallazgo. Le encargó a un amigo que hiciera los arreglos. No le dio ningún detalle, pero le anticipó que lo que expondría tendría una tremenda repercusión. La sala se reservó para el martes pasado. Estaba lleno de colegas, de periodistas...

–Ajá. Algo no salió según lo previsto, parece...

–No, porque él nunca apareció.

Jazmín era una espina en mi corazón. La frase sonaba a teleteatro, pero cada vez que la recordaba me dolía. Yo sabía que a ella le pasaba lo mismo. Y que era por eso que nos escribíamos poco. O no poco, pero sí de vez en cuando. Con ella no servía el chat, y mucho menos los mensajitos de texto. Ya ni sabía si ella usaba alguna de esas cosas tan comunes. Pero igual no chatearía con ella, porque lo más difícil era eso, era hablar... Cuando no podía más le mandaba mails interminables, contándole pavadas, pero metiendo en el medio algún proyecto que podríamos compartir, sabiendo que todos eran casi imposibles, y esperando que me respondiera sólo a esa parte del mensaje. A veces ella contestaba enseguida, a veces no, pero contestaba al resto, a las pavadas, o proponía otro proyecto, también casi imposible. A veces era ella la que me mandaba un mail inesperado, que me dejaba con la cabeza hundida en el teclado. A los doce años, para una pareja de novios o algo así, sobre todo si la chica vive en Córdoba y el varón en Buenos Aires, casi todo es imposible. Pero esta vez leí el mail y no tuve tiempo de sufrir. Lo imprimí y salí corriendo al lugar donde papá, que siempre era el primero en levantarse,